

diana, que pierde el respeto a las leyes severas de las academias y no se detiene ante las malas palabras. Las formas preestablecidas, los mitos y la simbología tradicional caen fulminados por estos nuevos mitos, por esta nueva y efectiva palabra.

Y desde el mismo lenguaje, desde las historias —o esbozos de historias—, desde los insólitos, y alucinados, y comunes personajes, el texto vuelve sobre sí mismo. Reflexión parcelada y discontinua, fijada en la ambigüedad y el relativismo de tiempo, espacio y gente, se mezcla con el mundo y muestra idéntico descaído con los dos: con la realidad y con el libro. La finalidad es clara: desquiciar la visión del americano medio —del español medio—, acabar con sus pequeñas seguridades, enfrentarlo al misterio y al vacío. Se trata de hacer temblar los pequeños frágiles cimientos de su personalidad y de su vida. Y, efectivamente, lo consigue. Tras la lectura de *City Life*, sentimos cómo uno de sus protagonistas: «Nadie está a salvo. La seguridad no existe. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!» ■ ROSA MARIA PEREDA.

«Las guerras de nuestros antepasados», de Miguel Delibes

El 8 de julio de 1970 anotaba Delibes en el *Diario* que acaba de sugerirle su editor: «He traído conmigo (al retiro de Sedano, en tierra de Burgos) las notas para escribir una novela —¿Las guerras de mis antepasados?—, pero no creo que me meta con ella. Me encuentro cansado». Hacía un año del término de la impresión y publicación de *Parábola de un naufrago*. El escritor siempre queda un poco exhausto, como si se tratase del último libro del que es capaz de escribir cuando llega a verlo cogolmado, completo, impreso y en la calle, y teme y confía

contradictoriamente que sea ya el postrer fruto de sus insomnios. Añadamos que Miguel Delibes es constante, disciplinadamente tozudo en su menester de escritor, pero no es prolífico: entre novela y novela, por exigencias de autocritica, se impone cotas y treguas, y como vivac, busca el recreo del libro sobre temas de caza, el recurso periodístico del libro de viajes o la recopilación de artículos periodísticos; ya no siente la urgencia de publicar una nueva novela, sino un velado temor —aunque sea infundado— de no poder seguir dando la nueva medida, más exigente, que él mismo se impone.

Meses antes de esta confesión, con el título casi exacto de la novela a flor de labio, habla en Sedano con César Alonso de los Ríos, al que acompaña el curioso impertinente del magnetofón para recoger el testimonio de lo que luego serán las *Conversaciones con Miguel Delibes*, editadas por Novelas y Cuentos. Allí no se habla de la novela, pero si se alude, al reconstruir la biografía del novelista, a la circunstancia de la guerra civil, y aunque habla de la *Parábola de un naufrago* (el tema de la guerra civil, con sentido crítico, ya hizo su aparición en *Cinco horas con Mario*), es indudable que Delibes deja traslucir sus preocupaciones, que gravitarán indefectiblemente sobre lo que está a punto de escribir. «Posiblemente —confiesa—, en 1969 estoy recogiendo en la cosecha sembrada en 1938. A este respecto pienso que sería curioso y aleccionador que los psiquiatras pudieran facilitarnos una estadística de los mutilados psíquicos que salieron de aquella horrible confrontación» (*Conversaciones...*, p. 46).

En 1970 se publica, estaba escrito ya, pero sale a luz meses después del inicio de este *Diario*, el *Delibes* de Francisco Umbral. En él se cita y reproduce un fragmento de una novela inédita y no concluida, que nada tiene que ver con *Las gue-*



Miguel Delibes.

rras... ni con *El príncipe destronado*, libro que concluye después de la primera redacción de *Las guerras...* El tema se le ha ido imponiendo, y en *El príncipe...*, el niño pregunta una vez por la guerra de su papá. De todos modos, el otro tema ha quedado atrás, y es claro el condicionamiento con la propia biografía en las conversaciones con César Alonso de los Ríos.

Miguel Delibes, ya en el caso de *Cinco horas con Mario*, confesó sus dudas hasta encontrar —rehaciendo la novela— el lenguaje adecuado. «El primer que hacer del novelista una vez elegido el tema es, pues, acertar con la fórmula, y el segundo, coger el tono» (*Notas de una vida*, p. 97). Cuando escribía esto, muy posiblemente estaba dándole ya vueltas y más vueltas, barajando el naípe de la invención y el compromiso para lograr la baza creadora de la nueva novela. El magnetofón ante el cual, en Sedano, tenía que realizar su autoanálisis era la solución: la fórmula y el tono. Un magnetofón va a ser el vehículo expresivo, igual que fue la segunda persona o el monólogo en otras ocasiones.

La guerra, la última guerra civil española, pesa dolorosamente so-

bre todos, y hasta ha habido y hay una voluntad decidida para que su eco no se apague. Ortega y Gasset ya señaló que para una guerra civil no son imprescindibles las trincheras y barricadas, que se trata simplemente de un estado de ánimo. Delibes, que hizo la guerra con los nacionales y como voluntario siendo un chiquillo, racionaliza hoy lo que fue voluntarismo gratuito entonces —lo que acaso sólo entonces se podía hacer—, y en toda su obra ya hay suficientes autocriticas de este acto histórico. Se siente, lo ha dicho, «mutilado psíquico»; ¿por qué no acudir, como pedía, al psicoanálisis? Me parece claro que éstas han sido las razones no inconscientes, pero sí subconscientes, para elegir el lenguaje, el vehículo expresivo de esta novela: un psicoanálisis con el fantasma de la guerra al fondo.

Todo ello plantea, sin duda, problemas, que Delibes resuelve a su aire asimilando vivencias propias y colectivas. Parece partir de una idea: La guerra pesa demasiado sobre todos; todos han hecho una guerra y se lleva a un callejón sin salida a los que no han tenido la suya. Ejercerá, pues, el psicoanálisis sobre alguien que

no ha tenido su guerra particular, que se convierte así en símbolo de una generación española. El resultado será sorprendente, porque si sobre él pesan las guerras de sus antepasados, la verdad es que terminará por sufrir su propia guerra, en la que están todas las guerras, el triste destino del ser sin salida, incapaz de liberarse de todo un contorno opresivo que está sólo insinuado en el mundo familiar, con la autoridad de un Bisabuelo que sigue ejerciendo el despotismo patriarcal de la horda que ya denunció Freud.

De ahí que el relato, que es también parábola, esté planteado en un medio rural bien conocido por el novelista. Ha pasado tiempo desde *El camino*, y Delibes ya no piensa que en el campo, en el medio rural, resida la inocencia. *El camino* era la nostalgia de la infancia. En *Viejas historias de Castilla la Vieja* y en *Las ratas* hay ya una clara distinción entre las categorías de ignorancia e inocencia y el convencimiento de que la inocente ignorancia no supone vivir en el paraíso. Delibes ha insistido más de una vez en «la vida tremenda del medio rural».

Se puede pensar que el novelista, al buscar el tono de cada nueva novela, pretende un giro estilístico de simple novedad o experimentación. Pero la unidad y coherencia son características delibianas. En *Parábola del naufrago* —aparentemente la más innovadora— se servía, sin embargo, como señaló Antonio Tovar, del lenguaje onomatopéyico del cazador. En *Las guerras...* el lenguaje del protagonista, Pacífico Pérez, es de la misma familia del de la Desi de *La hoja roja* en sus inflexiones sintácticas, sobre todo, y en sus referencias es el de *Diario de un cazador*, *Las ratas* o *Viejas historias de Castilla la Vieja*.

En las *Notas* (p. 38) cuenta Delibes: «tomé de un tío de los Herrero el personaje de don Juanito de *Diario de un emigrante*, aquel que cada vez que le arriman

una guindilla a la cara se pone a sudar». Pues bien, Pacífico siente en él efectos semejantes cuando podan un arbusto. Como este caso podrían encontrarse continuamente constantes, obsesiones, o tics si se quiere, pero que son los que llevan al lector a un grado de familiaridad que de otro modo no encontraría.

Entrando ya directamente en la novela, sorprende al principio el recurso del diálogo. La novela dialogada se ha ido perdiendo en nuestra literatura (pese a Galdós, Baroja, Unamuno), hasta el punto de que cuando reapareció en un capítulo de *Nada*, de Carmen Laforet, no faltó crítico de aquellas calendas —incluido el ingeniero Juan Ramón Jiménez— que creyese era una auténtica innovación. Recientemente, Vaz de Soto, un novelista a no perder de vista, lo ha usado en sus magníficos *Diálogos del anochecer*.

El lector advierte al poco la función psicoanalítica de este recurso del diálogo, en cuya estructura caben todos los tiempos narrativos. El interés del lector crece porque entra su memoria en juego en competencia con la del protagonista. Marcuse ha señalado que «su verdadero valor (el de la memoria) yace en la específica función de preservar promesas y potencialidades que son traicionadas e incluso proscritas por el individuo maduro, civilizado, pero que han sido satisfechas alguna vez en su tenue pasado y nunca son olvidadas por completo».

El relato se enriquece con el ejercicio de la memoria que el protagonista hace ante el médico forense de la prisión (1), pero tam-

(1) En la redacción definitiva, Delibes ha antepuesto un breve prólogo al libro y ha trasladado el diálogo entre el médico y Pacífico de la cárcel a un sanatorio, nosocomio o manicomio, otra forma de cárcel, al fin y al cabo, que no altera el sentido de su primera versión, a la que me refiero en estas líneas.

SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES S.A.

D. Ruiz

Asturias contemporánea
(1808-1936)

A. Balcells

Cataluña contemporánea II
(1900-1936)

W. Kula

Teoría económica
del sistema feudal

O. Ducrot y T. Todorov

Diccionario enciclopédico
de las ciencias
del lenguaje

N. Chomsky

Estructuras sintácticas

J. García Fernández

Organización del espacio
y economía rural en la
España atlántica

P. Freire

La educación como
práctica de la libertad

B. Bettelheim

Los niños del sueño

 **Emilio Rubin, 7**
Telf. 200 09 78
Madrid-33 España

bién con la memoria del lector, que inquiere y espera, tomando parte en el juego. Así, las siete noches, los siete interrogatorios, se organizan en tres unidades.

La primera es la que corresponde a las tres primeras noches, propiamente aquellas de las que da fe el título de la novela: Son las guerras de los antepasados, como nostalgia y memoria y el ciclo de la destrucción del hombre, con la bayoneta de la guerra carlista en el Bisabuelo (modelo arcaico del cuerpo a cuerpo), con la ametralladora —guerra de África— en el Abuelo (modelo moderno, incorporación de la técnica al servicio de la destrucción del nombre) y con la bomba de mano —guerra civil— del Padre (modelo contemporáneo, la muerte ciega). El ciclo se cierra así, y a Pacífico, tan paradójicamente bautizado por familia tan belicosa, sólo le queda la guerra interior o todas las guerras, que le destruirán.

La segunda unidad, cuarta y quinta noches, responde al sentido dialéctico de Tánatos y Eros, el instinto de la muerte y el de la vida. Tal vez el lector piense en un amontonamiento de circunstancias tremendistas en los relatos de la noche cuarta, con el suicidio de la Abuela y el desprecio del patriarca déspota hacia todos, pero no hay que olvidar que este psicoanálisis nos da testimonio de una conciencia delirante, y que ésta asocia, en respuestas a preguntas que se le dirigen, todos los elementos que se refieren a la muerte o a su presunción.

En la noche segunda, por ejemplo, el médico llega al convencimiento de que el padre está seguro de que no podía tardar en estallar la guerra del Pacífico. El Bisa afirma que «la guerra está en nuestros huesos». Y cuando el

psicoanalista insiste: «¿Qué clase de guerra esperaban para ti? ¿Era una guerra civil o una guerra universal?». Pacífico responderá: «Eso tanto daba. Ellos aguardaban mi guerra por donde fuese». Después se leerá: «Las guerras no son, suceden; las guerras se ligan». El lector y el interrogador se están asomando al abismo, son testigos de una gran violencia reprimida y sublimada sólo en la nostalgia de esa misma violencia. El paciente, el protagonista, antes de declarar la violencia de que él ha sido capaz, de quien piensan sus mayores que «será el primero de casa que pierda su guerra», habrá de buscar la coartada en su testimonio y hablará de su encuentro primero con la muerte: El suicidio de la Abuela.

En el mismo juego, como liberación del instinto de la muerte, aparecerá el Eros, y, curiosamente, con una pujanza desconocida en la obra de Delibes. La noche quinta es un magnífico relato erótico —y no hay que asustarse del adjetivo—. Delibes, que tantas veces ha paseado por el desierto pueblo de Cortiguerras, sobre el cañón del Ebro, en tierras de Burgos, ha pensado todas las posibilidades de ficción de un lugar así. Es el escenario de un delirio en el cual Pacífico ha soñado sin saberlo la liberación del despotismo patriarcal. La influencia seductora del encuentro sexual que le brinda su amante, y que tiene un poco de vuelta a la Naturaleza pese a todo, retorno a un paraíso en ruinas, tiene la gratificación rebelde del repudio de la procreación porque el amor es un fin en sí mismo. No procrear, no continuar la especie, no es ya una frustración, como en el personaje de *Mi idolatrado hijo Sisí* tras la muerte de su único hijo, sino la única posibilidad de rebeldía para no

continuar sometido al orden de la tribu en la que el Bisabuelo, el Abuelo y el Padre han tenido su guerra como garantía de su hombredad. Por eso su reacción cuando sabe que, pese a todo, va a ser padre; lo que quiere decir que seguirá encerrado en los límites de la horda, que continuará la dominación.

Sartre ha dicho que el hombre es una pasión inútil; también ha afirmado recientemente que la novela peca de ingenua por no aceptar los puntos de vista o instrumentos mentales que le brindan el marxismo y el psicoanálisis. Aquí, en *Las guerras de nuestros antepasados*, la asunción del psicoanálisis por Delibes es clara. Y es a través de su sistema dialéctico como nos va descubriendo la situación del protagonista y de su antagonista el médico. A partir de aquí vamos sabiendo más del interrogador y nos preocupa más (acierto del novelista capaz de interesar a los lectores) en qué desembocan las inútiles peripicias de Pacífico.

Después de la explosión del Eros, Pacífico es casi un Orfeo que desciende a los infiernos. Cierra el ciclo histórico de la familia, que es también el de la Humanidad. Al ser descubierto por Teotiste, el hermano de su amante, le mata casi involuntariamente con una navajita de descascarillar piñones, y descubre que matar a un hombre «es fácil y blando», más fácil todavía que le pudo resultar al Bisa con su bayoneta. Pero como nada tiene sentido en su vida rural, sólo de ignorante inocencia pero no de inocencia paradisiaca, ha descubierto las leyes del juego que hacen inútil todo esfuerzo y la vida misma: «El matar hombres, como el matar jabalies, había que hacerlo a su tiempo. Que uno mata un jabalí en enero

y le dan un premio, que lo mata en julio y lo mismo pena por ello, ¿comprende? Pues con los hombres, parejo: Unos los mata en la guerra, y una medalla; pero ro los mata en la paz, y una temporada a la sombra».

Sí, es el hombre una pasión inútil. Las noches sexta y séptima son el testimonio de este acabamiento en el que la muerte es un simple subrayado, el punto final, el expediente que se cierra. El que no ha tenido su guerra tiene su cárcel. La había tenido de siempre en todas las formas de la represión: El despotismo patriarcal, su salud vacilante, su pasividad en el momento del descubrimiento de la muerte y aun en el más importante del amor. Se sentía bien en la cárcel. Está puesto en la vida, arrojado a la existencia, y allí al menos se siente libre del dominio de la horda familiar. Cuando se fuga del penal sin ganas y el médico le pregunta si ansiaba respirar el aire de la libertad, le contestará: «¡A qué ton la libertad! Respirar el aire, oiga. Que llevaba qué sé yo el tiempo encerrado en aquel agujero». Y después, puro instinto, en la fuga en que es tan cruelmente engañado, correrá por correr, «por qué no me cazaran», y sentirá que volver al penal es volver a casa. Su soledad, su desamparo, su inutilidad, son el único refugio.

La bayoneta, la ametralladora, la bomba de mano. Los tanques, las V-1, la bomba atómica, el napalm. Siempre un ciclo de destrucción. Pueden ser las ruinas reales que pensaba Aldous Huxley en *Mono y esencia*, pueden ser las ruinas morales (mutilados psíquicos) que plantea Delibes en esta novela. «Lo que ocurre fuera ya me lo sé. Los unos contra los otros», confiesa el pobre Pacífico antes de su muer-

te, que ya no importa. La libertad está siempre coartada por el odio, y él sólo ha sido libre cuando en la cárcel ha perdido las raíces o razones del odio. ¿Es éste el destino que nos espera? ¿La final sumisión, la entrega a nuestra inútil pasión de sobrevivir? Puede quedar sólo como nostalgia el sencillo y cada vez más difícil recurso de entregarse a la Naturaleza —Pacífico, catador de colmenas—, el amor, Eros como principio de vida, pero con el sobresalto de que ha de ser una irrepitible victoria sobre la muerte —el coito en la carreta mortuoria de Cortiguerras—, para que luego vengan los remordimientos —el pueblo desierto poblado de fantasmas—. Ya no hay lugar para la inocencia ni para una guerra particular. En el mundo no hay guerra, salvo «guerra fría», «escalada», «distensión», «operaciones de paz», «desesperación terrorista». Es lo mismo. El hombre, en cualquier lugar del mundo, asume, en su propia y desmedrada biografía, todas las guerras de sus antepasados. ■ EMILIO SALCEDO.

De la Bética y sus hermandades

Con una comprensible y saludable declaración de beligerancia inicia el antropólogo sevillano Isidoro Moreno Navarro su último libro, Las hermandades andaluzas (1): «Me considero en la obligación de denunciar esta posición falsamente neutral y de subrayar, modestamente pero con claridad, la responsabilidad de cada antropólogo (y de cada científi-

(1) Isidoro Moreno Navarro: Las hermandades andaluzas, Una aproximación desde la Antropología. Universidad de Sevilla. Colección de bolsillo, 1974. 111 páginas. Portada de Víctor Pérez Escalano.



La romería del Rocío responde a una hermandad de tipo supracomunal, por un lado; pero por otro es significativa de un solo pueblo, Almonte, donde actúa como poder de integración frente a lo externo a la comunidad.

co en general) para con la sociedad en que vive y su obligación ineludible de actuar en ella como tal, sin cómodos escapismos, considerando además a los hombres no como simples objetos de investigación, sino como sujetos de la historia...».

Y es comprensible esta declaración, porque el horizonte sureño se presenta todavía menos halagüeño que el general de nuestro ex desarrollístico país. El mismo Moreno Navarro mostraba no hace mucho, a propósito de la sierra sevillana (la de Antonio Burgos y su «contador de sombras»), un panorama por desgracia extensivo a casi toda Andalucía: «Los pueblos de la comarca han perdido en los últimos quince años un 30, un 40 e incluso más de un 50 por 100 de su población en algunos canos; romerías de herba hecho ya presa en el sector que antes era autónomo. (...) Y los que no emigran, a causa sobre todo de su edad, aún no tienen claro si finalmente se verán abocados a marcharse. Todos responden que si fuesen jóvenes no dudarían. Y ello a pesar de que con unanimidad casi total todos mani-

fiestan que si en la comarca hubiera trabajo y condiciones de vida adecuados, preferirían seguir en ella en lugar de emigrar. Lo que contradice espectacularmente el tópico intencionadamente divulgado de que nadie querría quedarse en el campo, incluso si éste ofreciera trabajo y atractivos suficientes» (2).

Y es también saludable, porque una mentalidad análoga ha lanzado al ruedo periodístico a una promoción crítica de intelectuales oriundos (los Romero de Solís, P. Escolano, Burgos, S. Becerril, Bernal, Alvarez Palacios, etcétera). El mismo Moreno Navarro colabora con frecuencia en la tercera de «El Correo...».

Isidoro Moreno Navarro se doctoró precisamente con un estudio sobre las hermandades, cuya primicia editorial dio TRIUNFO (3). Actualmente profesa la An-

(2) La Sierra Norte de Sevilla, una comarca que agoniza. «La Ilustración Regional», número 3. Noviembre de 1974.

(3) Baja Andalucía: hambre de tierra. TRIUNFO, número 490, 15 de abril de 1972. El texto publicado era un fragmento del libro «Propiedad, clases sociales y hermandades en la Baja Andalucía», publicado por la Editorial Si-

tropología en el Departamento de la Universidad hispalense. Este libro, calificado como «aproximación desde la Antropología», se inscribe dentro de esa tarea didáctica, y no pretende por eso «dogmatizar sobre el tema ni sentar conclusiones definitivas, sino solamente abrir caminos de análisis a la reflexión, caminos que deseáramos ver transitados y reorientados por cuantos sienten y se interesan por esta nuestra tan secularmente dominada Andalucía». En cuanto perteneciente a esos «cuantos», ofrezco a continuación un breve resumen de este interesante libro.

El estudio de las hermandades o cofradías (términos sinónimos, aunque haya lugares donde el segundo se reserva exclusivamente para las hermandades de Semana Santa) no es

gratuito. Porque aparte de sus funciones manifiestas (los fines religiosos expresados en sus Estatutos, tales como celebración de cultos, espiritualidad, caridad, etcétera, inmutables desde hace siglos), están las importantes funciones latentes. Ellas son «lo verdaderamente relevante desde una óptica sociológica», puesto que la hermandad es apropiado caldo de cultivo para desarrollar la sociabilidad, sobre todo en áreas como la Baja Andalucía, donde «toda relación social tiende a personalizarse». Son las hermandades a manera de auténticos «clubs de varones», función que comparten con los llamados «casinos de sociedad», modelo, institución o forma de sociabilidad que bien merecería un estudio análogo a éste de las hermandades.

El autor se plantea la construcción de un modelo estructural mediante el establecimiento de una tipología a través de tres criterios: 1) el grado de apertura o exclusivismo de la asociación; 2) la forma de integración (horizontal, con miembros de todas ellas), y 3) los niveles de integración socio-cultural.

Con la combinación de estos tres criterios (los dos primeros de tipo sociológico, el último de tipo geográfico-cultural), el autor establece dieciséis tipos teóricos de hermandades, que van desde la hermandad grupal vertical cerrada, hasta la comarcal horizontal abierta.

Sentada la tipología, Moreno Navarro pasa al estudio pormenorizado de cada una de ellas, con ejemplos particulares de la región. Hermandades de negros, que tuvieron su importancia histórica, dado que Andalucía fue el más importante núcleo esclavista habido en Es-

paña; cruceros y soleanos, romerías de hermandades e institución de la mayordomía en cuanto que reflejo de un cierto «status» social, etcétera. A propósito de la mayordomía y las hermandades comunales, estudia de nuevo las romerías de San Benito y de la Peña, del Cerro de Andévalo y Puebla de Guzmán, ya estudiadas por Julio Caro Baroja en los años 50 (4). El ejemplo inevitable del Rocío sale por partida doble, como hermandad supracomunal (hinchada por la diáspora) y como polarizadora de buena parte de un solo pueblo: Almonte. Por lo segundo sería «el símbolo en el que se identifica colectivamente el pueblo, el que expresa la integración socio-cultural de éste frente al exterior»; por lo primero, un reflejo de un «tiempo propio de la era preindustrial en que funcionaban realmente una serie de valores agrarios (quizá fundamentalmente ganaderos) paternalistas, aristocratizantes...».

■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Ediciones aplazadas

El libro de John Brademas, publicado por Ediciones Ariel, Anarcosindicalismo y revolución en España (1930-1937), tiene detrás de sí una curiosa historia. Redactado en 1953, cuando su autor era un joven investigador norteamericano en la Universidad de Oxford, este trabajo fundamental sobre el anarcosindicalismo español de la República ha permanecido

(4) Artículo «Dos romerías de la provincia de Huelva». «Revista de Dialectología y Tradiciones Populares», tomo XIII, cuaderno 4, 1957. Reproducido después en Estudios sobre la vida tradicional española. Ediciones Península. Barcelona, 1968. El autor relata asimismo este viaje en el capítulo XXXI de Los Baroja. Taurus, 1972.